

Florencio Sanchez en el pueblo

El reciente aniversario de la muerte de Florencio Sánchez ha hecho reavivar en ceremonias de alta expresión conmemorativa, el fuego que en los altares íntimos de su culto mantiene encendido la fe de las multitudes, siempre fieles a su memoria. ¡Fieles! Sí; fieles a pesar de que sus obras han debido ceder el paso a la producción de estos últimos años, a menudo apartadas por los vientos que decretaran el auge del sainete y de la revista, y sufrir el desvío de que es objeto el género mismo a que pertenecen. Reconózcase, desde luego, que en el repertorio de reserva de ese género figuran, para ser recordadas de tanto en tanto, tres o cuatro obras de Florencio Sánchez: *Barranca Abajo*, *Los Muertos*, *En Familia*, *Nuestros Hijos...* y que su reaparición encuentra siempre abiertas las vías del interés y la sensibilidad de un público para el cual el prestigio de Florencio Sánchez va adquiriendo caracteres casi sagrados. Podrá llegar el día en que sólo muy por excepción — es el destino de los clásicos, y Sánchez lo es ya en cierto sentido— se exhume alguno de sus dramas; y, sin embargo, ello no significará que el ascendiente de su nombre se haya desvanecido en la atmósfera cálida del corazón popular.

Para el pueblo, Florencio Sánchez es ya un

númen, y las nuevas generaciones lo irán acatando como tal aun después de haberse proscripito, si es posible, su obra de los carteles. Conservarán el legado de veneración que les vendrá trasmitido por el amor popular de las generaciones actuales más que por las exaltaciones consagratorias de la crítica docta. Porque es la suya una de esas glorias que descansan, sobre todo, en la simpatía espontánea y profunda del pueblo. “La gloria es la popularidad de mañana”, ha dicho Anatole France. Pero hay glorias que no son realmente populares. Son esas que viven en el aire sereno de las academias, de los centros de estudio, de las bibliotecas, de las universidades, sin descender al espíritu de las muchedumbres de afuera, sin bajar a la calle más que fugazmente, en ocasión de alguna ceremonia trascendente de recordación, para volver a recluirse en los libros que no lee el pueblo o en las discusiones de alto coturno intelectual que las multitudes

no pueden seguir.

Sin dejar de referirnos tan sólo a las glorias literarias, suele ocurrir — sobre todo en estos tiempos — que ellas se consagran en el entusiasmo de una élite, y descienden como una verdad revelada, de altas esferas intelectuales a exigir la atención del pueblo que las acepta



poco a poco impulsado por la crítica y la opinión de los entendidos. Claro está que el renombre del autor teatral es de todos los que se conquistan en el campo del arte, el más ligado y sometido al contralor popular. Porque la pieza de teatro no vive en el calor del público; y no hay, por tanto, gloria teatral verdadera sin popularidad. A esto se debe, sin duda, en mucha parte, el que de todos los nombres de grandes escritores nacionales desaparecidos, Sánchez sea el que más resplandece en aureola de simpatía popular. Pero ello se debe también a otras causas. Se debe a la orientación y naturaleza artística de su obra, cuyo fuerte realismo, a veces demasiado escueto, la hacía inmediatamente accesible a la comprensión del gran público. Se debe a que en ella ha hecho vivir la vida de la gente humilde y ha hecho palpar los afanes de las almas sencillas forjadas en la lucha constante por el pan. Se debe a que nunca falta en sus dramas o comedias la inquietud de un espíritu dominado por la preocupación de problemas morales o sociales al alcance de la atención de las masas. Se debe, finalmente, a que allí se respira humanidad en un clima social que es inconfundiblemente el nuestro y en un cuadro que es el de nuestra propia existencia colectiva.

Florencio Sánchez ha sido uno de esos autores cuya obra guarda en todas sus partes una relación fundamental con un sistema de ideas generales. La tendencia a abatir el prejuicio sexual se afirma en varios de sus dramas; en otros, se pinta el doloroso conflicto entre la tradición y el progreso, entre el pasado criollo y el presente cosmopolita. En otros se exhibe la entraña de miseria moral, la llaga de vicio o de vergüenza que sangra en el seno de familias que todos conocemos o en seres despreciables y desgraciados cuya abyección presenciábamos día a día impasibles. Un soplo de amor a la humanidad levanta esas olas sombrías que se alzan ante nuestros ojos para hacernos perder nuestra olímpica serenidad de seres felices. Y una aspiración de días mejores tras el triunfo de los sentimientos naturales sobre las torpes trabas del convencionalismo hipócrita y feroz, se enlaza a esa piedad íntima por los seres débiles que sucumben al peso de sus vicios en

un abominable renunciamiento de su dignidad de hombres.

Se puede, naturalmente, no compartir el egoísmo literario de aquel *hijo doctor* que esgrime vagas teorías anárquicas inconsistentes, ante la férrea lógica de los hechos; y el desanlace en casorio, si bien constituye una concesión al gusto burgués del público sensiblero, demuestra que aquella actitud teórica es insostenible en una sociedad como la actual, cuando se tiene en la cabeza algo más que conceptos abstractos y en el pecho un sano corazón de hombre. Se puede rechazar así mismo la exaltación despiadada de "Los Derechos de la Salud" en la solución de aquel conflicto de almas de una de sus obras menos características. No por eso ha de parecernos menos punzante el interés vital de toda la obra de Sánchez, gracias, precisamente, a que por encima de toda filosofía, ella documenta con palpitante realismo aspectos de vida ante los cuales las multitudes no quedan indiferentes porque se reconocen en ellos, cuando no por el color costumbrista, por lo que tienen de esencial y permanentemente humano.

Además, Florencio Sánchez no sólo estuvo siempre cerca del pueblo por su producción teatral, sino también por su vida y por su modo de ser. La muchedumbre lo sabía y lo sentía uno de los suyos; no porque él fuese de la muchedumbre en el sentido rebañego de la palabra, sino porque interpretaba sus afanes, participaba de sus anhelos y braceaba en la corriente de sus más hondas inquietudes. Hasta su bohemia contribuía a su popularidad. Y hoy coopera, no poco, al sentido popular de su gloria, el hecho de que siendo el fundador del teatro rioplatense — el cual ha llegado a ser una industria en la que muchos se enriquecen de la noche a la mañana, él—algunas de cuyas piezas han hecho ricos a los empresarios—vivió modestamente y murió parcamente subvencionado por el gobierno de nuestro país con una breve bolsa de viaje.

Para la historia, Sánchez queda, ante todo, como fundador del verdadero teatro rioplatense, del teatro libertado de la paternidad humilde del picadero y plantado sobre sólidas bases literarias. Para la crítica, vale como autor de dramas más vigorosos, no sobrepujados ni igualados aún

en su fuerza sobria y tocante, por los sucesores que han querido recoger su cetro. Pero, para explicar el amor del pueblo por la memoria de Sánchez; para explicar esa consecuencia de una simpatía de multitudes que subsiste y crece, casi aparte del interés por sus dramas, como veneración al hombre por lo que supo hacer en su hora, es necesario detenerse a considerar su aspecto de creador de un teatro con alma del pueblo y preocupaciones sociales. Si su teatro no hubiese surgido con ese calor de humanidad y esa inquietud de los problemas hondos de la vida social en nuestro medio, Sánchez no sería lo

que es para las muchedumbres de hoy, y será para las de mañana, cuando nuevas formas de expresión y nuevas sensibilidades artísticas hayan reservado a su obra el sitio correspondiente a los monumentos imperecederos: esos ante los cuales la multitud pasa todos los días sin detenerse ya a contemplarlos, pero teniéndolos siempre presentes en su visión o en su memoria con toda la grandeza ideal de su significado.

E M I L I O F R U G O N I

